

El futuro de la OTAN y Rusia

Identidades y exclusión en la seguridad europea

Javier Morales Hernández

Investigador Postdoctoral de la Universidad Carlos III de Madrid.

Doctor en Relaciones Internacionales

jamorale@der-pu.uc3m.es

RESUMEN

La OTAN no se ha adaptado suficientemente al nuevo entorno de seguridad. Una interpretación reduccionista de su identidad como comunidad occidental entra en contradicción con el actual escenario europeo y global, en el que la mayoría de las amenazas son compartidas por miembros y no miembros de la Alianza. El proceso de ampliación ha contribuido a consolidar las fronteras de la OTAN y sus candidatos como línea de exclusión política, deteriorando las relaciones con terceros estados, como Rusia, sin obtener a cambio un aumento sustancial de la seguridad militar. Es necesario reconciliar las distintas identidades de la organización, partiendo del concepto de indivisibilidad de la seguridad surgido al final de la Guerra Fría, y crear estructuras más flexibles, incluyendo a todos los actores europeos que puedan contribuir a la lucha contra las amenazas reales.

Palabras clave: OTAN, identidad, seguridad, exclusión, Rusia, Europa

Es ya habitual afirmar que la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) está inmersa, desde los años noventa, en la búsqueda de su nueva identidad. Aunque fue creada inicialmente para hacer frente a la posibilidad de un ataque soviético –que se percibía entonces como una amenaza real e inmediata–, la Alianza Atlántica no se disolvió tras el fin de conflicto bipolar, sino que fue preservada con el objetivo declarado de continuar garantizando la seguridad de sus miembros, adaptándose al nuevo entorno estratégico. Sin embargo, los cambios que se han producido hasta hoy no han partido de un auténtico replanteamiento de su eficacia como organización, sino de sucesivas

adaptaciones gradualistas a los acontecimientos externos. Un claro ejemplo fue la decisión de la Administración Clinton de apoyar el acercamiento a Occidente de los países ex comunistas de Europa Central y Oriental mediante el ingreso de varios de ellos en la OTAN, a pesar de que distintas voces advirtieron sobre las consecuencias negativas de la ampliación (McCWire, 1998). Del mismo modo, los atentados del 11-S en Estados Unidos reforzaron la cooperación internacional contra el terrorismo a iniciativa –nuevamente– de Washington, y que sería asumida, posteriormente, por la Alianza Atlántica.

El actual proceso de revisión del Concepto Estratégico, que debe culminar a finales de 2010, es quizás el mayor esfuerzo realizado hasta ahora para reexaminar en profundidad la identidad de la OTAN en un contexto internacional que muchos autores –especialmente tras el 11-S– denominan ya como de “post-posguerra fría” (Friedman, 2006). Hay que destacar en especial la apuesta por el debate público del secretario general, Anders Fogh Rasmussen, que incluye tanto la creación de un grupo de expertos presidido por la ex secretaria de Estado de Estados Unidos, Madeleine Albright, como la organización de seminarios en distintos países aliados, así como el mantenimiento de un foro en Internet¹, lo que está permitiendo recibir aportaciones muy diversas durante todo el proceso de elaboración del documento.

El objetivo de este artículo es contribuir a la discusión sobre el futuro de la Alianza, proponiendo la superación de una visión estrictamente material de la seguridad, entendida como posesión de determinadas capacidades para minimizar el riesgo de sufrir agresiones. Para ello, adoptamos una perspectiva de análisis en términos de inclusión *versus* exclusión social entre actores internacionales, estableciendo la relación existente entre las definiciones realizadas por la OTAN de su propia identidad, por una parte, y sus correspondientes prácticas de exclusión frente a otros actores, por la otra.

SEGURIDAD, IDENTIDAD Y EXCLUSIÓN

Cualquier relación de inclusión entre actores internacionales, como señala Webber (2007), presupone –a menos que sea universal– la exclusión simultánea de los no miembros; en otras palabras, una línea divisoria de carácter identitario entre *ego* y *alter*; “nosotros” y “ellos” (Wendt, 1992). Centrándonos únicamente en el Estado como referente a efectos puramente analíticos², podemos afirmar que esta distinción es particularmente relevante en el ámbito de las políticas de seguridad, ya que, por su propia naturaleza, parten de una dicotomía entre lo que se pretende proteger y las amenazas que existen en el entorno. La consecuencia no deseada de esta delimitación es que ambos ejes –nosotros/ellos y seguridad/amenazas– puedan converger progresivamente, hasta llegar

a identificarse uno con otro. De esta forma, se percibiría a aquellos actores no aceptados en la propia comunidad de seguridad, o que no deseen integrarse, como adversarios en potencia; asociando el ámbito de lo excluido con una fuente de amenazas e inestabilidad (Müller, 2002). Esto requiere, naturalmente, de un salto conceptual entre el mero reconocimiento de la no pertenencia como realidad objetiva, y la suposición de que ésta ha de determinar necesariamente el carácter que adopte la relación en la práctica, dentro del *continuum* aliado-enemigo.

El caso de la OTAN, en mayor medida que otras organizaciones de seguridad europeas, parece asemejarse especialmente a este modelo dualista. Su carácter de alianza militar ejemplifica en el grado más alto la división entre miembros y no miembros; así, pese a la existencia de distintas modalidades de relación con terceros estados—como la Asociación para la Paz, el Consejo OTAN-Rusia o el Diálogo Mediterráneo—, sólo los miembros de pleno derecho de la organización son partes en el Tratado de Washington y están, por lo tanto, protegidos por su artículo 5, que establece la cláusula de defensa colectiva frente a un ataque armado³. Este artículo se configura como el núcleo de la identidad de la Alianza y delimita la comunidad que debe defenderse frente a un entorno potencialmente hostil.

Sin embargo, pese a que la función de la OTAN como alianza militar fue—por razones obvias— predominante durante el conflicto bipolar, la organización ha asumido también otra serie de identidades desde su fundación, no exclusivamente limitadas al ámbito de la defensa. Así, por ejemplo, el Tratado de Washington enuncia la voluntad de las partes de “salvaguardar la libertad, la herencia común y la civilización de sus pueblos, basados en los principios de la democracia, las libertades individuales y el imperio de la ley”, “reforzar sus instituciones libres”, “asegurar una mejor comprensión de los principios en los que se basan estas instituciones” y “promover las condiciones adecuadas que favorezcan la estabilidad y el bienestar”, eliminando “conflictos en sus políticas económicas internacionales” y estimulando “la colaboración económica” (OTAN, 1949). De esta forma, la Alianza se define desde sus orígenes no sólo como una asociación de estados, unidos por sus propios intereses nacionales frente a un mismo adversario, sino como una verdadera comunidad de seguridad fundamentada en valores compartidos (Williams y Neumann, 2000; Adler, 2008).

Este sentimiento común de pertenencia se plasmaría en el discurso oficial de la Guerra Fría en conceptos como el de Occidente frente a los países del Este; o incluso, “mundo libre” frente al totalitarismo, contraponiendo la democracia y la economía de mercado con los sistemas rivales existentes en el bloque comunista. Sin embargo, esto se subordinaba en la práctica al valor supremo de la resistencia a una hipotética agresión soviética, empleando la identidad común como elemento de cohesión entre los aliados que garantizase la solidaridad en caso de ataque. Existía una conciencia clara de que la razón de ser de la OTAN era su carácter militar, no la vigilancia de los estándares demo-

críticos de sus miembros, a diferencia de otras organizaciones. Por ejemplo, Portugal, Grecia o Turquía, pese a tener periodos de claro autoritarismo, se mantuvieron en todo momento como miembros de pleno derecho de la OTAN que contribuían a la defensa colectiva de los aliados (Reiter, 2001). Parecía asumirse así una jerarquía *de facto* entre ambas identidades, en la que las ideas o valores compartidos estaban al servicio de la supervivencia material.

La reorientación del papel de la Alianza a partir de 1991 se realiza en varias direcciones. En primer lugar, se enfatiza el carácter compartido de los riesgos y amenazas para la seguridad europea, que se consideran globales y no predominantemente militares tras el final del conflicto entre bloques. La rivalidad interestatal y la preocupación por la defensa territorial dejan de ser las preocupaciones fundamentales, y dan paso a un abanico muy amplio de desafíos, como los conflictos étnicos yugoslavos o el riesgo de proliferación de armas de destrucción masiva, en un contexto de desintegración de la URSS y crisis de sus fuerzas armadas. Además, enlazando con el concepto de “seguridad común” de la última etapa de la Guerra Fría, se entiende la seguridad europea como un todo indivisible, que ninguna parte puede obtener para sí a costa de disminuir la de otros; por el contrario, se afirma que la seguridad de cada Estado repercute beneficiosamente en la del resto. La Carta de París de la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) declara en esta línea que “la seguridad es indivisible y la seguridad de cada Estado participante está inseparablemente ligada a la de todos los demás” (OSCE, 1990). Al mismo tiempo, por iniciativa de Washington, se adopta una política de puertas abiertas (*open door policy*) que permite, en principio, que cualquier Estado europeo que cumpla los requisitos necesarios llegue a formar parte de la Alianza. El principal argumento que se emplea en favor de la ampliación es que favorecerá las transiciones a la democracia de los países poscomunistas, permitiendo su “retorno a Europa” en el marco del “club occidental esencial” (Trenin, 2003). El otro argumento, implícito en el anterior, era –naturalmente– el de prevenir una futura expansión rusa hacia su antigua esfera de influencia, en el caso de un hipotético retorno al poder de un régimen hostil en Moscú hacia Occidente.

La OTAN parece así relegar temporalmente a un segundo plano su función de defensa colectiva ante un ataque armado, ya que la única amenaza creíble para el territorio de los aliados ha desaparecido. En un momento de aparente triunfo de la ideología del bloque occidental durante la Guerra Fría –el “fin de la historia” de Fukuyama o “nuevo orden mundial” de George H. W. Bush–, la Alianza se considera cada vez más un instrumento de proyección de las normas occidentales hacia los antiguos miembros del bloque soviético (Gheciu, 2008). Se parte así de una visión acorde con la teoría de la “paz democrática”, donde esta forma de gobierno va unida a la ausencia de guerra entre sus miembros. Por lo tanto, la creación de un espacio de valores compartidos, antes al servicio de la defensa común, aparece ahora como la condición necesaria para establecer una verdadera comunidad de seguridad en Europa: un espacio en el que

sea impensable el recurso a la fuerza armada para resolver los conflictos interestatales (Williams y Neumann, 2000; Webber, 2007). Pero, al mismo tiempo, esta reacción ante un escenario de amenazas militares más difusas tiene implicaciones fundamentales para los procesos de redefinición de la identidad de la OTAN, y comporta la exclusión paralela de aquellos actores que no están llamados a formar parte de la comunidad de seguridad. Como toda identidad, la de la Alianza se va reconstruyendo a lo largo de la posguerra fría a partir de la diferencia frente al *otro*, en este caso, frente a los países “no occidentales” y/o “no democráticos”. Al elemento puramente material –la estructura de poder, medido en términos de capacidades– se añade así el elemento ideacional del régimen político o forma de gobierno, constituido en indicador primordial para evaluar el grado de amenaza. De este modo, el bien que se pretende proteger ahora –en lugar de la tradicional soberanía e independencia del Estado frente a una agresión armada– pasa a ser de forma creciente la *identidad* de los aliados como comunidad política, resumida en el concepto de democracia.

El discurso normativo sobre la OTAN como comunidad de democracias es asumido durante los años noventa por los nuevos miembros y candidatos al ingreso en la Alianza, presentándolo ante sus ciudadanos como garantía frente a una repetición de la Historia en la que pudieran de nuevo verse relegados a los márgenes políticos de Europa. Sin embargo, pese al carácter ostensiblemente inclusivo de la ampliación, que extendería el espacio de seguridad hacia Europa Central y Oriental, este proceso trae como consecuencia la preservación de Rusia como el principal “otro” frente al que se constituye la identidad de la Alianza (Behnke, 2000). Por tanto, el proceso de ampliación –que se anunciaba como un intento de construir una Europa *whole and free*– tiene paradójicamente el efecto de establecer una nueva frontera: no ya entre los dos bloques de la etapa anterior, sino entre aquellos estados que asumen los valores occidentales y los que no lo hacen. Al preservar su papel de alianza de defensa colectiva, y al seleccionar, asimismo, a sus miembros de entre aquellos estados del antiguo bloque comunista más cercanos a Occidente –y más recelosos hacia Moscú–, la OTAN mantiene la identidad de Rusia como “otro” frente al cual se debe definir, a pesar de que la califica como un socio con el que debe cooperar. Incluso, al tratarse la Alianza no sólo de una organización de cooperación política, sino además –y esencialmente– de una organización de seguridad, incluyendo la defensa colectiva, la identificación del *otro* llega a asociarse en mayor o menor grado a una percepción de amenaza (Risse-Kappen, 1996).

Esta contraposición de Rusia frente a la OTAN no se trata tanto del resultado de una supuesta incompatibilidad “natural” de sus respectivos intereses de seguridad, como de una consecuencia de la socialización de ambas partes en la cultura de enfrentamiento de la bipolaridad, que se mantuvo en forma atenuada durante el debate sobre la ampliación. Como señala Wendt (1992, 1999), las identidades –y las de aliado/enemigo no son una excepción– no son condiciones preexistentes o exógenas a las relaciones entre

actores, sino que son generadas y reconstruidas en el marco de dichas relaciones. Desde esta perspectiva, la propia oposición inicial de Moscú a la *expansión* de la Alianza hacia sus fronteras⁴ se ve agudizada precisamente por su impotencia para evitarla, ya que la discusión sobre este proceso se reservaba exclusivamente a los miembros de la organización, lo que ponía de manifiesto de forma humillante el declive de Rusia como potencia europea (Serra, 2005).

La interpretación asumida por la OTAN de sus relaciones con Moscú –y viceversa– se fundamenta así en un enfoque más limitado, según los postulados tradicionales del realismo (Waltz, 1979; Walt, 1987; Mearsheimer, 1990). De acuerdo con éste, la supremacía de las capacidades militares rusas en comparación con la de sus vecinos de Europa Central y Oriental haría necesario contrarrestar o equilibrar (*balancing*) su potencial, mediante la integración de estos países en la Alianza. Se asume que en un entorno internacional anárquico –sin un gobierno mundial que pueda garantizar la seguridad de cada país–, la estrategia de supervivencia más racional es maximizar el propio poder para superar a posibles adversarios, tanto individualmente como por medio de alianzas. Por consiguiente, la verificación de si existe o no una intencionalidad realmente agresiva en los actores identificados como adversarios pasa a un segundo plano, una vez queda demostrado que existe una asimetría de capacidades.

En el caso que nos ocupa, la hostilidad rusa hacia la Alianza, que alcanza su punto culminante durante la intervención de ésta contra Yugoslavia, se une al factor de las capacidades materiales para reforzar los argumentos de quienes defienden la necesidad de la ampliación como un seguro frente a un posible resurgimiento imperial de Rusia. La creciente (auto)exclusión rusa de la organización hace aparecer a Moscú como un potencial adversario en términos de seguridad, más que como un mero competidor por la influencia política en la gobernanza de la seguridad europea. Esta ambivalencia, entre la consideración oficial de Rusia como socio frente a amenazas comunes y su *alterización* como referente negativo para la identidad de la OTAN, no comenzó a resolverse hasta el 11-S, con la reorientación de la Alianza hacia la lucha contra el terrorismo.

LA OTAN Y RUSIA EN LA POST-POSGUERRA FRÍA

La evolución de la identidad de la Alianza en la última década ha estado condicionada, ante todo, por factores externos a ella. El caso más evidente es la reacción internacional a los atentados del 11-S, a la que se suma la Organización por iniciativa de su secretario general, activando por primera vez el artículo 5 para prestar ayuda a

Estados Unidos. Sin embargo, es Washington y no la OTAN quien inicia la denominada “guerra contra el terror”, invadiendo Afganistán para derrocar al régimen talibán y tratar de capturar a los líderes de Al Qaeda. Como señala entonces la Administración Bush, a partir de ese momento será cada misión la que determine la coalición con la que prefiere intervenir, resistiéndose a supeditar su libertad de acción a la toma de decisiones por consenso en el Consejo del Atlántico Norte. Posteriormente, la guerra de Irak supuso un revés aún más grave para la credibilidad de la OTAN, ya que, en este caso, la invasión estadounidense se produjo de forma unilateral y pese a la oposición abierta de destacados miembros de la Alianza, como Francia y Alemania (Talbot, 2002; Webber, 2007).

No obstante, pese a verse relegada a un papel secundario, en la práctica la Alianza aprovecha la oportunidad que ofrece la nueva relevancia del terrorismo global, asumiendo como una de sus principales funciones la cooperación contra esta amenaza⁵. Esto supone un cambio en su concepción de la seguridad, que afecta incluso a la interpretación de la cláusula de defensa colectiva, hasta entonces entendida como respuesta a una agresión militar por parte de terceros estados. Al transformar sus misiones, la OTAN modifica también la percepción de su propia identidad como comunidad política: el “otro” frente al que se define y al que excluye para protegerse ya no son los estados dictatoriales potencialmente agresivos, sino las redes no estatales que emplean el terrorismo como arma (Gheciu, 2008). Así, la frontera identitaria se desplaza desde el eje “democracia/no democracia” al eje “estados desarrollados/islamismo radical”. Una de las principales consecuencias de este giro en las percepciones es que, por primera vez, Rusia aparece más cerca de la inclusión en la identidad de la Alianza que de la exclusión, al haber experimentado incluso antes que Estados Unidos el impacto del terrorismo islamista. Esta es la causa de la sorprendente decisión del entonces presidente Putin de ofrecer su apoyo a Bush en la invasión de Afganistán, pese a la oposición de importantes sectores de la burocracia estatal. Se actúa así según una lógica de lo que es apropiado hacer en consonancia con la concepción rusa de sí misma, como “primera línea de la civilización” frente a la expansión del radicalismo islámico⁶; más que —como se ha apuntado en algunas ocasiones— mediante un simple cálculo de coste-beneficio.

La convergencia de intereses, aunque limitada por los recelos existentes tanto en Rusia como en muchos de los aliados, permite una distensión real en aspectos tan sensibles como el de la ampliación. En este sentido, la aceptación de los tres estados bálticos en la Alianza no sólo no da lugar a una reacción hostil de Moscú —como se había amenazado repetidamente a lo largo de los noventa—, sino que coincide con la creación del Consejo OTAN-Rusia como nueva estructura de cooperación, más ambiciosa, ante un contexto que se percibe como de nuevas oportunidades para el desarrollo de las relaciones. Es en estos momentos en los que reaparece de nuevo en el debate la posibilidad,

bien es verdad que como mera hipótesis, de que Rusia pudiera ingresar también en la organización en un futuro indeterminado, si así lo solicitaba, y previo cumplimiento de los criterios democráticos y de respeto a los derechos humanos exigidos a los demás candidatos (Baker, 2002)⁷.

¿Cómo es posible, entonces, que en tan pocos años se haya producido un deterioro de la confianza mutua como el actual, en el que la ampliación de la Alianza –esta vez, a Ucrania y Georgia– vuelve a estar en el centro del debate sobre la seguridad militar, especialmente tras el breve conflicto ruso-georgiano de 2008? El origen puede encontrarse, una vez más, en factores externos a la propia OTAN: la política de “expansión de la democracia” iniciada por la Administración Bush de acuerdo con las tesis neoconservadoras, que se traduciría en el apoyo estadounidense a los cambios de régimen en el espacio postsoviético, mediante los movimientos cívicos conocidos como “revoluciones de colores”. En el contexto de la guerra de Irak, presentado como una amenaza precisamente por el carácter dictatorial de su régimen, se favorece por tanto una concepción de la seguridad de Occidente –y, por extensión, de la Alianza– contrapuesta de nuevo a las “no-democracias” como referente negativo, Rusia incluida. En este sentido, la Revolución de la Rosa en Georgia y la Revolución Naranja ucraniana son percibidas desde Moscú no sólo como una disminución de su influencia política en ambos países, sino como una amenaza política para la supervivencia de su propio régimen, que podría enfrentarse a un movimiento organizado de contestación interna impulsado desde el exterior⁸. A esto se añade la posibilidad de integración en la OTAN de los estados donde se han producido estos cambios, presentada de forma oportunista por sus respectivos gobiernos, todo hay que decirlo, como un alejamiento definitivo de la órbita rusa en favor de la modernidad representada por Occidente. Esto se interpreta en el Kremlin como una estrategia para aumentar su exclusión del resto de Europa, así como para presionar más eficazmente desde el exterior en sus propios asuntos internos.

La consecuencia más grave de esta identificación de la Alianza con las políticas de la anterior administración estadounidense se manifestó con ocasión de la guerra entre Rusia y Georgia en el verano de 2008: un líder con firme apoyo de Washington y perspectivas de una pronta admisión en la OTAN, el presidente Saakashvili, no vaciló en tomar la decisión de emplear la fuerza para recuperar el control del territorio de Osetia del Sur, aun sabiendo que Moscú aprovecharía este hecho para responder con una intervención militar abrumadoramente superior. Una vez finalizadas las hostilidades, en un breve plazo gracias al papel de la Unión Europea como mediadora, los resultados arrojaban un saldo negativo para los intereses y la credibilidad internacional de ambas partes; aunque, tanto los separatistas surosetios como los abjasios pudiesen aprovechar la guerra para justificar su declaración de independencia.

CONCLUSIONES

La OTAN ha evolucionado a lo largo de su historia al compás de los acontecimientos, tratando de adaptarse a los cambios en el entorno estratégico. Las cambiantes percepciones de amenaza han estado indisolublemente unidas a su propia autoconcepción, determinada en relación con otros actores, que han actuado como referentes frente a los que constituir su identidad. No obstante, pese a los veinte años transcurridos desde el final de la Guerra Fría, es difícil aún superar la inercia de una interpretación reduccionista de sí misma como comunidad de democracias occidentales, delimitada por la aplicabilidad de la cláusula de defensa colectiva. Esta área de inclusión ha tendido a definirse en sentido negativo, mediante la exclusión de terceros estados –principalmente Rusia, sucesora de su antiguo adversario– que, al no compartir el mismo régimen político y no poder, por tanto, ser aceptados plenamente en esta comunidad de valores, son identificados con potenciales desafíos de seguridad.

Una definición como la que acabamos de señalar entra en contradicción con el actual escenario de seguridad en Europa. No sólo el peligro de un enfrentamiento militar ha quedado relegado a un papel residual –limitado a la escalada de conflictos étnicos latentes, como los de Georgia–, sino que además la mayoría de las amenazas son compartidas por miembros y no miembros de la OTAN, con una voluntad de colaboración de todos ellos frente al peligro real y tangible del terrorismo. De esta forma, podemos afirmar que la evolución futura de la Alianza no pasa hoy necesariamente por una lógica de ampliación territorial, ya que los beneficios que pudiera ofrecer a los nuevos miembros –protección frente a agresiones externas, modernización de sus fuerzas armadas, incentivos para el desarrollo democrático– son igualmente accesibles en el marco de otros modelos de cooperación, como los acuerdos bilaterales o la integración en otras organizaciones de carácter político, sobre todo la UE.

Es precisamente Europa, en colaboración con la Administración Obama, quien debe impulsar una lógica de “suma variable” (Enseñat, 2009) en las relaciones con Rusia, contribuyendo a crear una identidad más inclusiva dentro de la Alianza y aceptando a Rusia como miembro de pleno derecho –pese a no pertenecer a Occidente– de una comunidad de seguridad europea ampliada, en la que sea impensable el recurso a la fuerza como medio de solución de conflictos. Para ello, es necesaria una arquitectura institucional más flexible con distintas modalidades de participación, que permita a los estados que lo deseen no sólo contribuir a la lucha contra los desafíos de seguridad comunes, sino también participar de forma adecuada en la toma de decisiones que les afecten. La propuesta de un nuevo tratado realizada por el presidente Medvedev, aunque parece discutible por su indefinición y su sesgo hacia las preocupaciones de su propio país, constituye solamente el punto de partida de un debate necesario para superar la insuficiencia del actual marco institucional, y recuperar el concepto de una seguridad común e indivisible para todo el continente.

Notas

1. <http://www.nato.int/strategic-concept/index.html>.
2. La concepción del Estado no sólo como *sujeto* o actor que garantiza la seguridad, sino también como el principal *objeto* referente de la misma –aquello que se trata de proteger– viene siendo cuestionada desde el final de la Guerra Fría, tanto por autores procedentes del realismo (Buzan, 1991) como, más recientemente, por los teóricos de la “seguridad humana” (Kaldor, 2007; véase también García y Rodrigo, 2008).
3. “Las Partes acuerdan que un ataque armado contra una o más de ellas, que tenga lugar en Europa o en América del Norte, será considerado como un ataque dirigido contra todas ellas y, en consecuencia, acuerdan que si tal ataque se produce, cada una de ellas [...] ayudará a la Parte o Partes atacadas, adoptando seguidamente, de forma individual y de acuerdo con las otras Partes, las medidas que juzgue necesarias, incluso el empleo de la fuerza armada, para restablecer la seguridad [...]” (OTAN, 1949).
4. Para un estudio en profundidad de la percepción rusa de la ampliación, véase Black (2000).
5. El ministro de Defensa ruso, Sergei Ivanov, se referirá informalmente a la OTAN como “New Anti-Terrorist Organization”, transformando sus siglas en inglés (Ivanov, 2004).
6. Una concepción que, en la mitología nacional rusa, entronca claramente con las narrativas de la invasión por los mongoles en el siglo XIII.
7. Aunque, como señalaba con ingenio el ex secretario de Estado de Estados Unidos, James Baker, uno de los requisitos exigidos implícitamente por la Alianza fuera precisamente el de “no ser Rusia” (Baker, 2002).
8. El resultado inmediato es, como es sabido, un endurecimiento de las condiciones exigidas a las organizaciones no gubernamentales (ONG) con financiación extranjera para actuar en Rusia, que en la práctica hace muy difícil su funcionamiento por las trabas burocráticas y el acoso de los servicios de seguridad, quienes las perciben como la “quinta columna” de las agencias de inteligencia occidentales. Véase el reciente informe de Human Rights Watch (HRW, 2009).

Referencias bibliográficas

- ADLER, Emanuel. “The Spread of Security Communities: Communities of Practice, Self-Restraint, and NATO’s Post-Cold War Transformation”. *European Journal of International Relations*. Vol. 14. No. 2 (2008). P. 195-230.
- BAKER, James A. III “Russia in NATO?”. *The Washington Quarterly*. Vol. 25. No. 1 (invierno 2002). P. 95-103.
- BEHNKE, Andreas. “Re-cognising Europe: NATO and the Problem of Securing Identities”. En: AGGESTAM, Lisbeth; HYDE-PRICE, Adrian (eds.) *Security and Identity in Europe: Exploring the New Agenda*. Houndmills: Macmillan, 2000. ISBN 0333698266.

- BLACK, J. L. *Russia Faces NATO Expansion: Bearing Gifts or Bearing Arms?* Lanham: Rowman & Littlefield, 2000. ISBN 978-0847698660.
- BUZAN, Barry. *People, States and Fear: An Agenda for International Security Studies in the Post-Cold War Era*. [2ª ed.]. Londres: Harvester Wheatsheaf, 1991. ISBN 0745007201.
- ENSEÑAT Y BEREA, Amador. "La revisión del Concepto Estratégico de la OTAN: cuestiones clave para un debate". *ARI*. No. 124 (2009). Madrid: Real Instituto Elcano.
- FRIEDMAN, Thomas L. "The Post-Post-Cold War". *The New York Times* (10 de mayo de 2006).
- GARCÍA, Caterina y RODRIGO, Ángel J. (eds.) *La seguridad comprometida: nuevos desafíos, amenazas y conflictos armados*. Madrid: Tecnos, 2008. ISBN 978-8430946792.
- GHECIU, Alexandra. *Securing Civilization? The EU, NATO, and the OSCE in the Post-9/11 World*. Oxford: Oxford University Press, 2008. ISBN 978-0199217229.
- HRW (HUMAN RIGHTS WATCH). *An Uncivil Approach to Civil Society: Continuing State Curbs on Independent NGOs and Activists in Russia*. 17 de junio de 2009: <http://www.hrw.org>.
- IVANOV, Sergei. "Russia-NATO. Strategic Partners in Response to Emergent Threats" (14 de julio de 2004): <http://www.mid.ru>,
- KALDOR, Mary. *Human Security: Reflections on Globalization and Intervention*. Cambridge: Polity Press, 2007. ISBN 978-07456-3853-9.
- MEARSHEIMER, John J. "Back to the Future: Instability in Europe after the Cold War". *International Security*. Vol. 15, No. 1 (verano 1990). P. 5-56.
- MCOGWIRE, Michael. "NATO Expansion: 'A Policy Error of Historic Importance'". *Review of International Studies*. Vol. 24 (1998). P. 23-42.
- MÜLLER, Harald. "Security Cooperation". En: CARLSNAES, Walter; RISSE, Thomas; SIMMONS, Beth A. (eds.) *Handbook of International Relations*. Londres: Sage, 2002. P. 369-391. ISBN 978-0761963059.
- OSCE (ORGANIZACIÓN PARA LA SEGURIDAD Y LA COOPERACIÓN EN EUROPA). *Charter of Paris for a New Europe*. 21 de noviembre de 1990: <http://www.osce.org>.
- OTAN (ORGANIZACIÓN DEL TRATADO DEL ATLÁNTICO NORTE). *Tratado del Atlántico Norte*. 4 de abril de 1949: <http://www.nato.int>.
- REITER, Dan. "Why NATO Enlargement Does Not Spread Democracy". *International Security*. Vol. 25, No. 4 (primavera 2001). P. 41-67.
- RISSE-KAPPEN, Thomas. "Collective Identity in a Democratic Community: The Case of NATO". En: KATZENSTEIN, Peter J. (ed.) *The Culture of National Security: Norms and Identity in World Politics*. Nueva York: Columbia University Press, 1996. P. 357-399. ISBN 0231104693.
- SERRA I MASSANSALVADOR, Francesc. *Rusia, la otra potencia europea*. Barcelona: Fundació CIDOB, 2005. ISBN 8487072518.
- TALBOTT, Strobe. "From Prague to Baghdad: NATO at Risk". *Foreign Affairs*. Vol. 81, No. 6 (noviembre-diciembre 2002). P. 46-57.
- TRENIN, Dmitri. "Introduction: The Grand Redesign". En: LIEVEN, Anatol y TRENIN, Dmitri (eds.) *Ambivalent Neighbors: The EU, NATO and the Price of Membership*. Washington: Carnegie Endowment for International Peace, 2003. P. 1-14. ISBN 978-0870031991.

WALT, Stephen M. *The Origins of Alliances*. Ithaca: Cornell University Press, 1987. ISBN 0801494184.

WALTZ, Kenneth N. *Theory of International Politics*. Boston: McGraw-Hill, 1979. ISBN 0075548526.

WEBBER, Mark. *Inclusion, Exclusion and the Governance of European Security*. Manchester: Manchester University Press, 2007. ISBN 978-0719061486.

WENDT, Alexander. "Anarchy is What the States Make of It: The Social Construction of Power Politics". *International Organization*. Vol. 46. No. 2 (primavera 1992). P. 391-425.

– *Social Theory of International Politics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999. ISBN 0521469600.

WILLIAMS, Michael C. y NEUMANN, Iver B. "From Alliance to Security Community: NATO, Russia and the Power of Identity". *Millennium: Journal of International Studies*. Vol. 29. No. 2 (2000). P. 357-387.